

ESPAÑA-BRASIL EN EL CAMBIO DEL SIGLO XVI

Emelina Martín Acosta

Tras ser incorporada la corona portuguesa a la casa de los Habsburgo, después de la extinción de la dinastía lusitana de los Avis, el Brasil salió beneficiado con el cambio, ya que si por una parte amplió sus límites naturales al Norte y al Sur, aún en contra del Tratado de Tordesillas, por otra elevó sus intereses económicos a un nivel hasta entonces insospechado y todo ello con la tolerancia o indiferencia de los gobernantes españoles, cuyos recelos se desvanecían con la común monarquía.

En 1579 Felipe II tuvo que hacerse cargo de la sucesión de Portugal, lo que le supuso un gran esfuerzo político, militar y económico. La situación se desencadenó tras la muerte del rey don Sebastián, en la batalla de Alcazarquivir y quedar la monarquía lusa en manos del anciano cardenal-infante don Enrique, cuya avanzada edad y falta de sucesión directa presagiaban un temprano replanteamiento del problema sucesorio.

Indudablemente, Felipe II, como hijo de la emperatriz Isabel, descendiente de Manuel I de Portugal, consideraba que tenía suficientes derechos para aspirar al trono portugués y de este modo poder contar con la posibilidad de dominar toda la fachada atlántica de la península ibérica, además de acceder a un imperio inmenso que abarcaba desde el océano Índico, las islas Molucas y Brasil. Por otra parte, si Felipe II lograba coronarse rey de Portugal, podría unir a la flota española, los expertos marinos lusos, al mismo tiempo que ampliaría las rutas comerciales hacia el Brasil y las Indias orientales. Pero, sin lugar a dudas, lo más importante era el poder contar con el apoyo territorial del país vecino, en un momento en el que, resultaba patente, que los destinos del Imperio hispánico se decidirían en el Atlántico.¹

Sin embargo, ante tales perspectivas positivas, se presentaba una realidad bastante contraria, ya que la economía lusa no presentaba el crecimiento que había tenido en épocas anteriores e incluso su comercio exterior se encontraba en una fase decadente, pues el oro africano había dejado de reportar los grandes beneficios pasados, precisamente cuando la intensificación del tráfico mercantil con oriente por la ruta del Cabo, incrementaba la demanda del metal precioso, para saldar la balanza comercial deficitaria con aquel ámbito. Tampoco el ambiente político era más favorable, ya que con el desastre de Alcazarquivir no sólo había desaparecido el rey don Sebastián, sino también, una gran parte de la aristocracia lusitana. Además, muchos nobles estaban cautivos y sólo se podrían librar mediante la entrega de importantes sumas de dinero, lo que dificultaba, aún más, la situación financiera que atravesaba el país.

Por todo ello, se comprende que para los portugueses, Felipe II se presentaba como la única persona capaz de dar satisfacción a esas necesidades, pues el rey contaba además en estos momentos con un gran incremento de importaciones de plata americana, que podrían facilitar el apoyo de un sector de la población portuguesa -nobleza, alto clero y burguesía comercial- lo cual suponía un importante paso ante la futura anexión. De hecho, el duque de Moura se estaba encargando de formar un partido castellanista fuerte, por medio de donativos y promesas, ganando para la causa de don Felipe II a los más influyentes

personajes, tanto civiles como eclesiásticos,² utilizando los fondos de la Casa de la Contratación, tal y como se desprendía de la carta que los Oficiales Reales enviaron desde Sevilla al Consejo de Hacienda y en la que informaban del envío de “30.000 escudos de Oro”, al mismo tiempo que anunciaban un posterior envío, una vez que se hubiese vendido la plata de Indias.³

Pero, para financiar la empresa lusitana se necesitaba algo más que los fondos de Indias, por ello, también se inició la búsqueda de nuevas fuentes de crédito, En primer lugar, se contó con el apoyo del Gran Duque de Toscana, que debía proveer 400.000 escudos y ayudar además al Rey a obtener crédito con prestamistas toscanos.⁴ También la ciudad de Sevilla aportaría 252.675.750 maravedís, que tomó a censo y que entregó a la Casa de la Contratación para el posterior uso del monarca.⁵ De esta ciudad andaluza también saldría hacia la corte algún dinero, salvado de la quiebra del banco de Pedro de Morga, que se debía a la Real Hacienda, así como parte del embargo de Juan de Curiel de la Torre y Hernando de Frías.⁶ Tampoco los hombres de negocios se mantuvieron al margen de los créditos reales: los Fugger⁷ proveyeron 333.000 escudos, y Lorenzo Spinola 300.000 escudos.⁸ A este último se le libraban en la Casa de la Contratación 12.000 escudos por Real Cédula de su Majestad, lo que suponía un claro apoyo de las Indias a su asiento.⁹ Entre los españoles, los Ruiz aportaron 200.000 escudos.¹⁰

Felipe II y Portugal

Enrique I de Portugal murió el 31 de enero de 1580 sin haber despejado la incógnita de la sucesión, temeroso sin duda de proponer abiertamente la candidatura de Felipe II, dado el apoyo expreso que las Cortes hacían al prior de Crato. Algo similar ocurrió en el Consejo de Regencia, que asumió el gobierno a la muerte del monarca luso. En estas circunstancias se imponía el recurso de las armas para hacer valer los derechos sucesorios.

El rey español se verá obligado a un gran esfuerzo, para el que no será suficiente ni la experiencia, ni los medios mediterráneos. De no haber contado Felipe II con la posibilidad de las naves hechas a la travesía atlántica, con maestros conocedores del alisio, es decir, sin la experiencia indiana, la empresa de Portugal hubiera sido una terrible guerra terrestre de conquista, donde el mar sería el respaldo de incesantes apoyos. Es decir, hubiera sido un Flandes, pero en la Península.

Sin embargo, la aportación indiana no sólo fue en “sumas” de ducados, sino, más bien, en “sumas” de experiencias, puramente atlánticas: una la brindó Canarias en sus ataques sobre Madeira y la otra Don Álvaro de Bazán con los desembarcos de apoyo. La lucha por la herencia portuguesa se trató pues, de una acción compleja. Incluso los galeones de Tierra Firme de Juan Martínez de Recalde, aportaron el numerario necesario para pagar las tropas. De este modo se pudo llevar a cabo el desembarco en Oporto.¹¹

El otro ingrediente fue la campaña terrestre, que se confió al duque de Alba. A mediados de junio, el ejército español compuesto por 30.000 hombres, cruzaba la frontera por Badajoz, para posteriormente avanzar hacia Lisboa, mientras la flota española, al mando como hemos dicho, de Álvaro de Bazán, bloqueaba la desembocadura del Tago. De este modo, Lisboa, sitiada por mar y por tierra, no tuvo más remedio que entregarse. En menos de cuatro meses, Portugal había sido reducida a la obediencia de Felipe II.¹²

Por otra parte, fue también decisiva la operación sobre las Terceiras, sin la cual todo hubiera sido de efecto dudoso, pues establecido un poder hostil en las Azores, refugio de corsarios, el tráfico de América hubiera sido prácticamente imposible, y puede suponerse el efecto que habría tenido la interrupción o la gran irregularidad en la llegada de remesas. Precisamente, la campaña de las Terceiras fue llevada a cabo con gente de la carrera de Indias, con reclutas del Cantábrico y gente de Canarias. Es decir todo ello confirma la máxima valoración de los medios navales.

Brasil en la época de Felipe II

Aparentemente, Felipe II pasaba a convertirse en cabeza de un colosal imperio, al hermanarse las Indias portuguesas y el Brasil, a los territorios propiamente españoles. Pero, con ello, el rey se hacía cargo también de un déficit importante, pues las indias portuguesas estaban prácticamente en quiebra, e igualmente estaba arruinado todo lo que suponía la esperanza africana, ya que apenas podían obtenerse beneficios con la trata de negros, e incluso ese negocio lo disputarían en seguida los propios corsarios ingleses. La especiería tampoco era ahora el gran negocio del pasado, y en suma, la defensa de todo sería una gran preocupación para el monarca español, ya que el potencial naval portugués había quedado reducido, en aquellas fechas, al mínimo.¹³

Desde Lisboa, trató Felipe II de 1580 a 1583 de recomponer la vida económica portuguesa. Los negocios lusos, fruto de esa unión, fueron bien claros. Portugal estaba ligada comercialmente a España por los intereses de una burguesía activa, que proveía de aprestos a los barcos de transporte de España. Esa burguesía obtendría del monarca español los asientos, en exclusiva, para introducir esclavos negros no sólo en el Brasil, sino también en la América española.

Así pues, para las clases dirigentes portuguesas fue muy favorable la unión de los dos reinos, por obvios motivos económicos. Esto explica que se revitalizaran los establecimientos de los portugueses en la costa africana, cuando ya se iniciaba el declive de la ruta comercial hacia el Índico.¹⁴ Por otro lado, comenzó a desarrollarse la esperanza de que, en los inmensos territorios de Brasil que pertenecieran a Portugal, tenían que existir grandes minas, ilusión que creció como consecuencia del auge de Potosí. De hecho, el Prior de Crato, don Antonio, que había huido a Francia, pretendió pedir el apoyo de los concejos municipales del Brasil, por intermedio de los emisarios franceses, para desde allí atacar los territorios indios de España. Parece ser que, incluso, ofreció Brasil a Francia, a cambio de apoyo militar.

Asimismo, desde el punto de vista territorial, desde el primer momento, Brasil, en lugar de ser perjudicado, salió beneficioso con el cambio.¹⁵ Los límites naturales de la colonia al Norte y al Sur, señalados respectivamente por los dos grandes ríos Amazonas y Plata, comenzaron a ser reivindicados por los portugueses, con el beneplácito de las autoridades españolas, que no podían hacer nada frente a la compartida corona, que implicaba un destino común, aunque fuesen administraciones paralelas. Y en efecto, el mínimo de los límites reivindicados coincidía con la boca de los dos ríos. Juan Texeira Albernaz, en su atlas del Brasil de 1627, escribía en la leyenda del mapa general: “O Estado do Brasil, que pela parte do norte começa no grande rio Pará, cuja entrada fica debaixo da equinoxial e acaba pela parte do sul em 35° na boca do Rio da Prata e pela parte do ocidente confina com a provincia do Peru”.¹⁶ Ésta era la opinión general que había arraigado en los espíritus y se expresa, en los mismos documentos oficiales de los gobernadores o del Consejo de

Portugal en Madrid. Otros, más ambiciosos, prolongaban considerablemente estos límites. Así lo hacía ya en 1587 Gabriel Soares d Sousa en su *Tratado descritivo do Brasil* dice, refiriéndose a la divisoria de Tordesillas, que el Estado del Brasil

se começa além da ponta do rio das Amazonas da banda do oeste, pela terra dos caribas, donde se principia o norte desta provincia e indo correndo esta linha pelo sertão dela ao sul parte o Brasil e conquistas dêle além da baía de S. Matias por 45° pouco mais ou menos, distantes de linha equinoxial.

Y acababa por fundamentar sus palabras añadiendo: “como pelas cartas se pode ver, segundo a oponiano de Pedro Nunes, que nesta arte atinou melhor que todos os do seu tempo”. Las mismas circunstancias llevaron al gobierno español a reconocer tácitamente el límite al Norte, como coincidiendo con el Amazonas, cuando confió la defensa de ese río al esfuerzo de los portugueses y del gobernador de Brasil.

Sin embargo, hay que tener en cuenta también, que estas conquistas portuguesas bajo el gobierno español tienen un claro antecedente en los años anteriores con la extensión del territorio brasileño hasta el Río Grande del Norte y el Ceará. Las tentativas en este sentido datan del gobierno de Luis de Brito: dos expediciones, una al mando de Fernando de Sousa en 1574, y otra, el año siguiente, dirigida por el propio gobernador, intentaron apoderarse de Parahiba sin conseguirlo. En tiempos de Lorenzo de Veiga, que en 1578 sucedió a Luis de Brito, se repitieron estas tentativas. Una vez más, el problema de la soberanía imponía la ocupación del litoral. Los franceses, sucesivamente expulsados de la bahía de Río de Janeiro, del Cabo Frío y del Cabo de San Agustín, aún así no renunciaron a su lucrativo comercio en las costas de la provincia. Los armadores de Bretaña y Normandía concentraron entonces sus esfuerzos en la parte del litoral que va desde la desembocadura del Parahiba al Amazonas, donde anteriormente habían fracasado las tentativas de los correspondientes “donatarios”. Los resultados obtenidos en ese nuevo campo de exploración fueron tan halagüeños, que algunos particulares, apoyados por el Estado francés, intentaron la fundación de una colonia en aquellos parajes, esta vez en mejores condiciones que la de Villegagnon.

Tales hechos, como es lógico, inquietaban a los colonos y a las propias autoridades. Y así en 1580, Fructuoso Barboa, uno de los propietarios y comerciantes más ricos de Pernambuco, forjó el proyecto de conquistar Paraiba, costeando él mismo la empresa. Para ello se dirigió a la metrópoli, donde contrató con el Gobierno la colonización de aquella región, mediante la promesa de la capitanía de la tierra, por diez años, con los privilegios inherentes a la investidura. En Portugal organizó una pequeña armada de cuatro naves con tropas, misioneros y gran número de colonos, pero antes de llegar al Recife fue arrojado por una tempestad hasta las Antillas, desde donde tuvo que regresar a Portugal. Hasta 1582, en que consiguió reconstruir su flota, no pudo volver a Pernambuco, desde donde continuó por mar, en dirección a Paraiba, al mismo tiempo que Simón Rodrigues Cardoso, capitán mayor y oidor de la Capitanía, se dirigía por tierra con un refuerzo de voluntarios, hacia el mismo río.

En esos momentos en Paraiba estaban ocho naves francesas cargando palo del Brasil, de las cuales Fructuoso Barboa logró destruir cinco. Pero, al poco tiempo y a pesar del auxilio de Simón Rodrigues Cardoso, que con gran esfuerzo había logrado atravesar la estepa, luchando con los indios potiguaros, el nuevo “donatario”, acosado por la hostilidad irreductible de los indígenas, desistió de la empresa y se retiró a Pernambuco.

La expedición de Diego Flores de Valdés

Felipe II ordenó, a fines de 1580, al capitán general Diego Flores de Valdés preparar una armada en Sevilla, con unas instrucciones en las que se le ordenaba conducirla a la costa del Brasil. En dicha armada irían Pedro Sarmiento de Gamboa con los pobladores del Estrecho, y Alonso de Sotomayor, gobernador de Chile, con gente destinada a la pacificación del territorio. Tendría que invernar en Río Janeiro y posteriormente, en primavera debía embocar el Magallanes y para auxiliario la construcción de los fuertes, a cuyo cargo estaría el ingeniero Juan Bautista Antonelli, que también le acompañaría en el viaje. Para la artillería de estos fuertes llevaba cuatro cañones, cuatro culebrinas y la correspondiente artillería menuda; y como guarnición contaba con 200 hombres para cada uno. Igualmente, se le ordenaba que, en el caso de que los ingleses se hubieran anticipado, construyendo su propia fortaleza, deberían tomarla por la fuerza, y si hubiera corsarios, debería perseguirlos y castigarlos con rigor.¹⁷

La armada se componía de una galeaza capitana, la nao Nuestra Señora de Esperanza, que trajo del Perú Sarmiento y tres fragatas, en total cinco naves pertenecientes a S.M. Además 18 naves embargadas de 8.400 toneladas. Por almirante iba Diego de la Ribera; como piloto mayor, Antón Pablos, además de los oficiales reales, el auditor, los frailes, 672 de gente de mar; 1.332 de guerra; 670 pobladores destinados a Chile, de ellos 70 casados, con mujeres e hijos; 206 pobladores del Estrecho, parte de ellos con familia; artilleros, albañiles, herreros, carpinteros, etc., casi 3.000 hombres.

El Duque de Medina Sidonia, capitán general del mar de Andalucía, determinó la salida de las naos, sin atender las observaciones de los pilotos, el 26 de septiembre de 1581; por lo que sufrieron un fuerte temporal que hizo que la armada arribase a Cádiz bajo la presión del viento, por lo que perdieron cuatro naos sobre Rota y Arenas Gordas, ahogándose algunos de los pobladores del Magallanes y mientras reparaban los desperfectos en la bahía, sufrieron otra borrasca de Levante. Con todas estas desgracias no pudieron partir hasta el 9 de diciembre; y como se detuvieron un mes en las islas de Cabo Verde, no llegaron a Río Janeiro hasta el 25 de marzo de 1582. La mala calidad de los víveres, y más aún la escasez de agua potable hizo que murieran 153 hombres en la travesía y 200 enfermaron y tuvieron que ser desembarcados en el Brasil.

La armada inverna en la costa brasileña hasta que el día 2 de noviembre salió de Río Janeiro, reducida a 15 de las naos picadas de broma y un bergantín construido durante la internada con piezas llevadas de España. Tomó rumbo hacia la isla de Santa Catalina, donde naufragó sobre la costa la nao *Santa Marta*, embarrancó y se hizo pedazos la *Provedora*, nave almacén de provisiones, e incluso se amotinó la gente, poniéndose en serio peligro la expedición.

En aquellos parajes avistaron un barco en que navegaban hacia el Río de la Plata D. Francisco de Vera y Fr. Juan de Rivadeneyra, quienes en la isla de Santa Catalina, habían encontrado dos naos inglesas de 500 y 300 toneladas acompañadas de un patache, que les abordó, registró su barco y les interrogó sobre la composición, fuerza y objeto de la armada de Flores Valdés. Les pidió igualmente noticias de las fortificaciones y fuerzas existentes en las costas de Chile y el Perú, expresando que del Estrecho de Magallanes no las necesitaba porque consideraba que el proyecto de fortificarlo era irrealizable. Por último, les informó que su armada había salido de Inglaterra para Guinea, donde había rescatado esclavos negros y se dirigía al Maluco con propósitos comerciales.

Flores de Valdés envió tres de las naos de vuelta a Río Janeiro a cargo del veedor Andrés de Equino. Ordenó que otras tres condujeran al Río de la Plata a D. Álvaro de Sotomayor, a fin de que con su gente se encaminara por tierra a Chile. Él se quedó con cinco, y puso rumbo hacia el Magallanes, abocándolo el 17 de febrero de 1583. Sin embargo, al poco tiempo regresó de nuevo, de tal forma que el 27 del mismo mes entraba en el puerto de San Vicente de los Santos. De ahí pasaron a Río de Janeiro, donde arribaron el 9 de mayo donde le esperaba el general D. Diego de Alcega con cuatro naos cargadas de provisiones que el rey D. Felipe enviaba. Había decidido regresar a España, contentándose con dejar en su lugar a Diego de Rivera con título de general con cinco naves y 500 hombres y por almirante a Gregorio de las Alas, con autoridad delegada.

Por fin, Flores de Valdés salió de Río Janeiro el 2 de junio de 1583, con la galeaza *San Cristóbal*, las naos *San Juan Bautista*, *Concepción*, *Santa María* y *Santa Cruz*, y la fragata *Santa Isabel*, llegando a la bahía de Todos Santos el 13 de julio. Desde allí el general Diego de Alcega regresó a España con la nao *Santa Cruz*, mientras Flores de Valdés se quedaba haciendo internada en la costa con las otras cinco naos.

En tales circunstancias, Manuel Teles Barreto, nuevo gobernador general de la provincia, aprovechando la presencia de la escuadra española le informó a Diego Flores de Valdés que en el puerto de la Paraíba había frecuentemente corsarios franceses bien avenidos con los indios, que comerciaban con ellos. Le indicó la conveniencia de arrojarlos de aquellos lugares, donde trataban de asentarse y aceptando sus ofrecimientos, organizó, de acuerdo con este general, una expedición a la cual agregó algunas naves portuguesas. La flota partió a principios de marzo y en Pernambuco, su comandante combinó una acción conjunta de don Felipe de Moura, que entonces regía la “donataria”, el cual organizó una nueva expedición de voluntarios para prestar por tierra apoyo a las naves de Valdés. En la desembocadura del Paraíba, encontraron algunas naves francesas y un fortín ocupado y defendido por los traficantes intrusos. Después de un largo combate, se consiguió destruir el reducto y ahuyentar a los enemigos.

Con la ayuda de don Felipe de Moura, se construyó rápidamente un nuevo y más resistente fortín, al mando del cual quedó el capitán español Francisco Castrejón. Sin embargo, Fructuoso Barbosa, invocando los derechos que le confería el contrato acordado con la Corona, asumía, a su vez, la capitanía de la colonia. Como era de esperar, en breve estallaron desavenencias entre el jefe español y el portugués, a los cuales se añadieron las hostilidades de los indígenas y de los franceses, los cuales, al abandonar el Paraíba, se habían refugiado en la bahía de la Traición, algunas leguas al norte del campamento de los nuevos ocupantes.

Los habitantes de Paraíba fueron auxiliados en más de una ocasión por el oidor general Martín Leitão, quien en marzo de 1586 fue allí con 500 hombres blancos y muchos indios, tan molestos se hicieron los ataques de los franceses y los potigües, que Fructuoso Barbosa desistió de su empeño y se retiró a Olinda. El español Francisco Castrejón resolvió hacer lo mismo; pero antes de partir prendió fuego al fuerte, lanzó la artillería al mar, echó un navío a pique, o sea, destruyó todo el trabajo realizado hasta entonces.

Paraíba vino a ser el pararrayo de que Flores de Valdés se sirvió, volviendo a España a los tres años justos de haber partido, para disimular o dejar en suspenso la cuenta que debía dar del destrozo de la armada, con las apariencias de una victoria exagerada en que poca

parte le cupo, mientras que por entero le correspondía la responsabilidad de los desastrosos y malos sucesos.

La agricultura en Brasil: el azúcar

La explotación económica de las tierras americanas debió parecer en el siglo XVI una empresa completamente irrealizable, de hecho, ningún producto agrícola fue objeto de comercio en gran escala dentro de Europa. Los fletes eran muy elevados en razón de la inseguridad de los transportes y las grandes distancias, de tal forma que sólo los productos “manufacturados” y las especias de Oriente podían soportarlo. Además, hay que tener en cuenta los enormes costes que tendría que enfrentar una empresa agrícola en las tierras alejadas de América. Pues bien, a los portugueses les cabe la primicia de esa empresa y sus esfuerzos, tuvieron un gran éxito en las tierras de Brasil, sin la cual Portugal no habría perdurado como gran potencia colonial en América.¹⁸

Al terminar la ocupación del litoral brasileño, se había acentuado la tendencia al régimen de monocultivo de la caña de azúcar. Este exclusivismo obedece a razones de orden diverso: geográfico, económico y técnico. En primer lugar, la tradición del cultivo, iniciada con excelente resultado en los archipiélagos atlánticos, especialmente el de Madeira, Santo Tomé y Príncipe. Ésta era también la única explotación agrícola que entonces se conocía adaptable a las tierras tropicales. La abundancia de mano de obra esclava, utilizada ya también con éxito en los archipiélagos, y de la cual África constituía un depósito inagotable, favoreció igualmente este camino. Mercados ávidos de productos; lucro grande y seguro; mano de obra abundante y barata, invitaban, ya de por sí, a la producción a gran escala de ese producto.

Pero además del clima adecuado, existían otras razones de orden geográfico que favorecieron el rápido desarrollo de la industria azucarera. Ésta necesitaba tierra, agua y leña en abundancia. Para la primera se contaba con las plantaciones; la segunda era necesaria para la molienda de la caña, pues el agua era preferible al motor animal; y la tercera se mostraba imprescindible para alimentar el fuego de las calderas. Tierra y vegetales no faltaban; y la abundancia de pequeños cursos de agua de la costa brasileña favoreció en gran manera el establecimiento de ingenios.

A estas razones hay que añadir otra a la que atribuimos especial importancia. Por ese tiempo, portugueses y españoles introdujeron las importantes mejoras en la técnica industrial. Según fray Vicente del Salvador, en su *Historia do Brasil*¹⁹ los portugueses fueron los primeros en practicar, en el Brasil, el procedimiento de clarificación del azúcar por medio de la tierra arcillosa. El azúcar blanco fue inmediatamente preferido y, por consiguiente, mejor pagado.

Igualmente, durante el gobierno de don Diego de Meneses (1608-1612), un clérigo del Perú introdujo en el Brasil un nuevo sistema de molienda, por medio de tres cilindros verticales, el cual era de menor coste y mayor rendimiento. Informa fray Vicente del Salvador que seguidamente se deshicieron los antiguos ingenios y se construyeron otros de acuerdo con el nuevo invento. Y añade: “pelo que no do Rio de Janeiro, onde até aquê tempo se tratava mais de farinha para Angola que de assucar, agora já ha quarenta engehos”. Los dos perfeccionamientos técnicos, que coincidían con la iniciación del cultivo en un área tan extensa con la costa del Brasil, no sólo permitían el aumento de la producción, sino también el mejoramiento de la calidad del producto, multiplicando las

ganancias. Hay que añadir a esto que, ya de por sí, los cultivos tropicales, cuando se realizan en gran escala, eran mucho más lucrativos.

La industria azucarera en el Brasil tuvo, por tanto, un desarrollo rápido y constante, a pesar de la inseguridad en que los aborígenes tenían a los ingenios, apartados de los centros de población, y el desenvolvimiento progresivo del curso de franceses, holandeses e ingleses en el Atlántico, que estorbaban en gran manera el tráfico de este producto. En 1570, Magallanes Gandavo calculaba en sesenta el número de ingenios que existían en la colonia, de los cuales veintitrés correspondían a Pernambuco. Pasados treinta años, llegaban al doble, 120, la mitad de los cuales se encontraban también en esa capitania. Cuando, a comienzos de 1630, la escuadra holandesa, mandada por Endrik Cornelizoon de Lonck apareció delante de Recife, el número de ingenios se había nuevamente duplicado, y asimismo correspondían a Pernambuco la mitad de ellos.

Pero de 1630 a 1654, la ocupación de las capitanías del Norte por los holandeses y la guerra de restauración del dominio portugués, que se prolongó durante veinticuatro largos años, ocasionando la destrucción de la mayoría de ingenios y haciendas, provocaron una enorme mengua de la producción azucarera. No obstante, en la primera década del siglo XVIII, el número total de ingenios del Brasil se elevaba de nuevo a 528, y más de la mitad se encontraban en las capitanías del Norte.

Como resultado de este enorme desenvolvimiento, a fines del siglo XVI la industria azucarera de Madeira, no pudiendo resistir la competencia portuguesa, se extinguía. El azúcar de Madeira pasó de ser el preferido de los mercados más exigentes por su calidad y el esmero de su elaboración y durante el siglo XVII, tal supremacía le corresponderá al azúcar brasileño; por lo que los agricultores de Madera se verán forzados a arrancar sus cañaverales y a sustituirlos por viñedos.

El cultivo y la industria del azúcar provocaron, como era natural, la creación de latifundio y una regresión en la organización de las clases, cuyos extremos en la jerarquía, los grandes señores de ingenio y los esclavos sobresalían en gran manera con respecto a las clases restantes: los primeros en fortuna y poderío; los segundos en número y actividad productora. “Para um dos grandes engenhos -escribió Lucio de Azevedo²⁰- eram precisos de 150 a 200 negros, empregados nos canavirais, corte das lenhas para fornalham, transportes e a butação da fabrica. O estabelecimento dum engenho de regular categoria, com a escravatura, não importava menos de 10.000 cruzados. Cincoenta negros, quinze a vinte juntas de bois, carros, barcos, ferramentos e eparelhos de fabrica, alem do capital para despezas de preparo, salarios de mestres e obreiros livres, manutenção do pessoal escravo até o producto ser vendido, tubo isso requeria grandes somas”.

El ingenio constituía una entidad autónoma. El esclavo plantaba los productos alimenticios; iba de pesca en su piragua; cazaba en la selva próxima, cuidaba del ganado, aunque en pequeña escala, que le proporcionaba leche y la carne, como complemento importante de su alimentación. Igualmente se tejía sus vestidos se tejía con algodón que también se plantaba en esa tierra. Observando estos hechos, Cayo Prado Junior,²¹ en su *Ensaio de interpretação materialista da Historia Brasileira*, llega a negar la existencia de la vida urbana en el primer siglo y medio de la historia del Brasil, y concluye refiriéndose a esta época: “Es por lo tanto en el campo donde se concentra la vida de la colonia y es la economía agraria su única base material”.

El comercio brasileño-español

En la primera época de la unión de las dos coronas, llegó del Brasil a la península ibérica una considerable cantidad de azúcar, fruto del aumento de producción de los ingenios, que incluso se multiplicaron en gran medida a causa de una mayor afluencia de emigrantes lusos, que paralelamente comenzaron a realizar la búsqueda sistemática de metales y piedras preciosas.²² Estos emigrantes portugueses no sólo se situaron en Brasil, sino también en el Río de la Plata y el Perú integrándose en un tráfico comercial entre ambas zonas. A las poblaciones del Plata y el Perú les interesaban los productos brasileños: arroz, mandioca, azúcar, tafetanes y sombreros. A cambio al Brasil le llegaban plata labrada y sin labrar. Todo se debía a que en el Perú los españoles estaban ocupados de un modo exclusivo y frenético en la extracción de los metales preciosos, sufrieron toda clase de menguas y se vieron obligados a comprar a cualquier precio los alimentos y demás productos que necesitaban y salían más baratos traídos por el Plata que por Tierra Firme.

En 1602 se reguló el intercambio de Buenos Aires con Brasil y Guinea, siempre que se basara en la exportación de artículos de la tierra -harina, cecina, sebo, etc...- cuyo importe podría emplearse en la importación de mercaderías. Por consiguiente no podía sacarse la plata.²³ Pero los navíos portugueses seguirían llegando con el pretexto de arribadas forzosas, para desembarcar mercaderías y negros a cambio de dinero, de tal forma que los beneficios de las provincias de Charcas y las del Río de la Plata irán a las arcas de los mercaderes lusitanos y no a la contaduría de la Casa de la Contratación de Sevilla, como esperaba el monarca español.²⁴

En 1616 la mayor preocupación de Felipe III era el estado de sus finanzas y en particular la disminución del numerario que llegaba de las Indias. Por ello el Consejo de Indias va a ordenar al Presidente de la Casa de la Contratación poner en vigor la Provisión Real de 1609 que ponía freno al comercio ilegal con las Indias de los mercaderes extranjeros de Sevilla, para limitar en lo posible la salida exagerada de valores al extranjero. Existía un informe previo en la Casa de la Contratación en el que se indicaba que desde 1608 hasta 1616 los mercaderes portugueses había sacado de Sevilla una ganancia superior a los cinco millones de ducados de un comercio más o menos ilícito con las Indias.

Sin embargo, el informe del Consejo de Hacienda fue contrario a la medida del Consejo de Indias: “conviene que en estos reinos residan y traten los extranjeros en la ciudad de Sevilla, porque con ellos se aumenta el comercio, se multiplica la vecindad, consumen los mantenimientos de estos reinos de que proceden las sisas y los millones, toman con esto afición a la religión católica, etc.”²⁵ Sin embargo y a pesar de todas estas ventajas que apuntaban los Consejeros hacendísticos españoles, quien más se beneficiaron fueron los hombres de negocios lusitanos, quienes incluso se aprovecharan de las múltiples bancarrotas de los monarcas castellanos para realizar pingües asientos con la Real Hacienda.

Brasil y Bautista Antonelli

Como hemos dicho anteriormente el 9 de diciembre de 1681 salía del puerto de Cádiz la armada de Flores de Valdés con Pedro Sarmiento y Bautista Antonelli con Bartolomé Saint Pier como ayudante y acompañados igualmente por numerosos pedreros y canteros, con el fin de poder realizar todas las fortificaciones americanas del mejor modo posible.²⁶

La expedición llegó a Río de Janeiro el 25 de marzo de 1582, ya que un segundo objetivo de la expedición era socorrer al Brasil.²⁷ En Río de Janeiro y después en San Vicente, trazó Antonelli ambos fuertes para la defensa de esos territorios.²⁸ Posteriormente el 7 de enero de 1583 la nao de la Concepción en que viajaba Antonelli embarrancó al salir de la isla de Santa Catalina, por lo que tuvo que regresar a la Península. Años más tarde va a realizar varios viajes de ida y vuelta a América y va a ser en 1604 cuando se le confió la misión de impedir que los holandeses explotasen las salinas de Araya, trazó un proyecto de fortificaciones en el que se incluía el castillo de Paraiba para evitar que los holandeses exportasen palo tintóreo y azúcar.

Brasil y los conflictos con Francia e Inglaterra

Pero el auge económico brasileño a la larga desencadenará serios conflictos sobre todo por las apetencias de otras potencias europeas a instalarse en aquella zona, como es el caso de Francia, Inglaterra u Holanda después. Muchos hugonotes franceses trataron de encontrar refugio en tierras americanas, y más concretamente en Brasil, a donde desde principios de siglo ya habían llegado corsarios en busca de la explotación del palo tintoreo. En 1583 los corsarios franceses atacaron Río de Janeiro, pero fueron rechazados por los portugueses que contaban ahora con el apoyo de las armadas españolas.²⁹ No obstante en 1584, se dirigieron al norte del Brasil y conquistaron la capitanía de Paraiba, dominando a los indios potiguares, enclave muy importante, por su proximidad al más floreciente centro económico azucarero: Pernambuco.³⁰

En los últimos años del reinado de Felipe II a los problemas que los franceses plantearon en las costas brasileñas se unieron los ataques de los piratas ingleses, tanto en el océano como en las costas. De hecho ante el éxito del conde de Cumberland que había partido de Gran Bretaña rumbo primero a las Azores y después a las Antillas, atacando las islas de Margarita y Santo Domingo, Hawkins se había dirigido a las islas de Cabo Verde y de allí a las costas del Brasil, para posteriormente, pasar al virreinato del Perú y asaltar los puertos de Valparaiso y Atacames.³¹

En 1595, James Lancaster atacó Pernambuco, donde se apoderó de gran cantidad de azúcar y otros géneros brasileños, así como de toda la carga de especierías de una nave que regresaba de la India y se encontraba en tránsito para Lisboa. Drake y Hawkins, después del acoso a las islas Canarias, piratearon por todo el área del Caribe, aunque no consiguieron adueñarse de Puerto Rico. Walter Raleigh realizó incursiones en las bocas del Orinoco, Guayana e incluso se acercó hasta Caracas. Y por último, Annias Preston anduvo por las costas del Brasil.³²

A partir de este momento, Felipe II ordenó, con una mayor exigencia, la preparación de la Armada Real del Mar Océano. En principio, eligió Lisboa, como puerto fijo para su situación, ya que esta costa además de contar con buenas condiciones geográficas, se encontraba a mitad de camino en el contorno costero peninsular. La capital lusitana era además uno de los vértices del triángulo -Canarias, Azores, Lisboa- de un área, en la que la hegemonía española se debía mantener a todo trance, pues suponía la regularidad y tranquilidad para la arribada de las flotas de Indias a la Península. Igualmente, desde este puerto portugués, se podía dirigir la Armada más fácilmente a los territorios del norte europeo y a las provincias indianas, donde aún merodeaban corsarios ingleses y holandeses.

En 1597 tres navíos corsarios partieron del puerto inglés de Plymouth y tras atravesar el estrecho de Magallanes (pasando por tanto por la costa brasileña)se dirigieron a la costa peruana con intención de adueñarse de los galeones que transportaban la plata a Panamá.³³

Los holandeses y Brasil

Durante el gobierno de Felipe II

¿Qué motivos impulsaron a los holandeses a ocupar una parte del Brasil? El historiador brasileño, Jaime Cortesao recoge una importante idea al respecto del también historiador brasileño Juan Ribeiro, quien escribió que:

la agresión holandesa, como la francesa y la inglesa, se explican principalmente a causa de un principio superior, que en este tiempo fue la consecuencia de los descubrimientos en Oriente y Occidente, y este principio consistía en la lucha del comercio libre contra el monopolio.

Según este autor los holandeses se habrían esforzado en destruir el monopolio opresivo de las naciones ibéricas, para instaurar, como heraldos de una nueva civilización, la libertad de comercio.³⁴

De hecho, para muchos historiadores la publicación del tratado *Mare Liberum*, de Grocio, fue la afirmación de que los holandeses defendían sinceramente, a principios del siglo XVII, los derechos del libre comercio. Y efectivamente, el célebre jurisconsulto, cuya obra había sido publicada a expensas de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales, se dirigía a todos los príncipes y pueblos del mundo condenando la ambición de España y Portugal, que intentaban cerrar los grandes mares a la navegación común, y proclamaba la amplia libertad del mar, tanto en alta mar como en las costas. Pero, pronto habían de cambiar las condiciones y antes de que la Compañía de las Indias consiguiese el fin que se proponía, en abril de 1609, en virtud de una tregua, el gobierno español concedía a los holandeses el derecho de navegar por el océano Índico.

Ante tales circunstancias la Compañía de las Indias cambió de táctica y sus dirigentes trataron de organizar de forma exclusiva el monopolio del comercio de las especias. Y de esta forma los que habían proclamado la más amplia libertad de los mares se disponían a ejercer el más cruel y tiránico de los monopolios.

En efecto, ninguna nave mercante podía navegar por los mares controlados por la Compañía sin su licencia. Asimismo tampoco podían entrar en Java o en las islas sometidas a la soberanía neerlandesa sin un salvoconducto de las autoridades de Batavia; y los barcos que regresaban del Índico a Holanda no podían hacer escala en ningún puerto europeo antes de tocar en Amsterdam. Los comandantes de la flota de la Compañía tenían orden de vigilar a sus propios compatriotas; y todos sus oficiales habían de comprometerse bajo juramento a ocultar por completo las operaciones que realizasen y la ruta que siguiesen para que los extranjeros no pudiesen aprovecharse de estas informaciones. Todo ello para mantener el monopolio de Holanda en lo que se refiere al comercio.

Las razones que impulsaron a Holanda a atacar los dominios portugueses, primero en el Oriente, y después en América, fueron esencialmente económicas, aunque agravadas, por motivos políticos y religiosos, como el odio a la España católica que los oprimía. Las

relaciones comerciales flamencas y portuguesas databan que los oprimía. Las relaciones comerciales flamencas y portuguesas databan de la Edad Media y se intensificaron todavía después de que los portugueses establecieron su imperio en Oriente. Los flamencos, cuyo comercio marítimo durante el siglo XVI había alcanzado un gran desarrollo, lo mismo que su flota y su técnica de la navegación, obtenían enormes ganancias como distribuidores en la Europa septentrional de las especias y drogas que iban a cargar en Lisboa.

Sin embargo Felipe II, después de haber unido a sus dominios la corona de Portugal, ordenó, poco después, en 1585, confiscar las naves flamencas ancladas en Lisboa y privó por todos los medios a los flamencos el acceso a este puerto. Golpe terrible para un pueblo que hacía de este tráfico su principal y más lucrativa actividad. Desde mediados del siglo XVI recogían el azúcar brasileño en Lisboa, lo refinaban y posteriormente lo distribuían por toda Europa, particularmente por el Báltico, Francia e Inglaterra.

Y efectivamente, la contribución de los holandeses en la gran expansión del mercado del azúcar en esa época constituyó un factor fundamental en el éxito de la colonización del Brasil. Especializados en el comercio intra-europeo, que financiaban una gran parte, fueron los únicos que disponían de suficiente organización comercial para crear un mercado de grandes dimensiones para un producto prácticamente nuevo como era el azúcar. Pero incluso los capitales requeridos para la empresa azucarera también fueron de los Países Bajos. Existen además investigaciones al respecto que prueban que los capitales flamencos participaron en la financiación de las instalaciones productivas del Brasil así como de la importación de mano de obra esclava. Los poderosos grupos financieros holandeses, interesados como estaban en la expansión del azúcar no dudaron en apoyar los asentamientos en el propio territorio brasileño.

El idéntico problema se les planteó con la industria del salazón. Y así en 1593 realizaron el primer viaje furtivo a las salinas de Araya, en las costas venezolanas, en la persona del capitán holandés Daniel de Mujerol.³⁵ No es de extrañar el hecho de que los comerciantes holandeses buscaran en tierras americanas la sal, tan necesaria para sus salazones de carne y pescado, pues el endurecimiento de la política de Felipe II les había impedido aprovisionarse de tan preciado producto en los puertos de Setúbal y Sanlúcar, como lo venían haciendo desde tiempos atrás. En 1598 los holandeses seguían teniendo un activo comercio con los países mediterráneos, África, América y el sudeste de Asia.

Y bajo la presión de esta asfixia económica, en Holanda también se pensó en alcanzar directamente los centros productores de las especias, buscando incluso una nueva ruta para el Extremo Oriente, contorneando el Asia por el Norte. Quedaba también el recurso de dar la vuelta, como hacían los portugueses, al cabo de Buena Esperanza, con la dificultad que suponía unas rutas ocultadas a la curiosidad de los extranjeros, e incluso con los informes imperfectos que habían llegado hasta ellos. Sin embargo, a fines del siglo XVI, Juan Hugues van Linschoten, un flamenco que había conseguido licencia del gobierno español para pasar a las Indias Orientales, regresó a su patria después de haber permanecido algunos meses en Goa. De su estancia en el dominio, portugués el sagaz flamenco se llevó a Holanda una nutrida colección de itinerarios portugueses e informes geográficos, comerciales y políticos sobre todo el Oriente. La obra que con este material compuso sirvió de guía a los comerciantes holandeses, y, más tarde, a los ingleses.

Durante el gobierno de Felipe III

Los informes de Linschoten sirvieron para que en 1595 partieran las primeras naves holandesas hacia la India. Y de hecho, los éxitos comerciales en el Oriente animaron a los holandeses a fundar la Compañía de las Indias Orientales en 1602, lo que les proporcionó tan grandes beneficios que pronto pensaron en probar la misma suerte en el Atlántico. Y esta presencia holandesa en Oriente tuvo desde pronto funestas repercusiones para la Corona Española, pues el gobernador de Filipinas tuvo que invertir hombres y dinero en la defensa de las Molucas, lo que se traducía en menos beneficios para embarcar en el galeón de Manila.³⁶

Esta inversión en defensa de las Molucas supuso un gasto extra que la monarquía española tuvo que soportar en defensa del imperio portugués y que supuso un empleo de numerario y de hombres muy semejante al que después hubo de hacerse en Brasil.

En la primavera de 1605 en las costas de Dover ocho galeones peninsulares al mando de Pedro Zubiaur, en misión de transporte de tropas, fueron vencidos por la escuadra holandesa. Como efecto inmediato del descalabro, a finales de año la escuadra holandesa de Hautain se situó en las islas Azores y costa de Portugal, desde Lisboa al cabo de San Vicente. Con el bloqueo quedó interrumpido el comercio, no pudiendo despacharse las carracas de la India Oriental, ni las flotas de Nueva España y Tierra Firme.

La Corona determinó enviar la Armada Real con Luis Fajardo, quien consiguió apresar en Cumaná 19 urcas holandesas que estaban cargando en las salinas. Igualmente apresaron 17 naves de contrabandistas holandeses en Manzanilla. De este modo se solucionó, por el momento, el acoso holandés al área caribeña y se restablecía la carrera de Indias a mediados de 1606.³⁷

En 1607 se inician las negociaciones entre España y Holanda motivadas sobre todo por la difícil situación financiera que condujo a la bancarrota de la Hacienda Real en 1607. Sin embargo las negociaciones tuvieron una gran dificultad en lo que se refiere a la navegación y comercio con las Indias, que por parte de España se quería reservar, pero que a los holandeses les parecía una condición inadmisibles. Por fin el 9 de abril de 1609 se firman los Acuerdos entre España y Holanda y se llega a la tregua de los Doce Años. El fracaso político que suponía la Tregua quedaba paliado por el alivio que suponía al erario el descargarle de los gastos enormes de la guerra. Habían triunfado los criterios del Consejo de Hacienda; ya sólo quedaban por pagar los atrasos a las tropas.³⁸

Tras haberse llegado a la tregua con los holandeses se pensó que disminuirían los corsarios en el Caribe, pero sobre todo en las costas brasileñas y en Filipinas, sin embargo no fue así y de nuevo se tuvieron que invertir hombres y dinero en sus defensas, de hecho, en 1611 la Armada española se enfrentó a los holandeses en Filipinas, esta vez con éxito.

Entre 1615 y 1616 Spielbergen con otra flota holandesa recorrió las costas brasileñas, las chilenas y tras pasar por Acapulco se dirigió a Filipinas. Lo cual nos indica que la Tregua con los Países Bajos estaba favoreciendo a los holandeses, al permitirles ampliar su comercio a expensas de españoles y portugueses. Por ello, la Junta de Guerra de las Indias solicitó al Consejo de Hacienda que proveyesen 100.000 ducados para poder enviar hombres, armas, municiones y pertrechos “pues se trata de socorrer el estado universal de la Indias”.³⁹ De nuevo parecía que los holandeses dejaban a Brasil como un mero lugar de

tránsito y se dedicaban más intensamente a Filipinas. Por ello, al final la Armada española no se quedará en las Indias sino que seguirá hasta las Filipinas.

En 1618 los Consejeros de Indias y Portugal presentaron una protesta ante el Rey contra la tregua con los holandeses, alegando que estos habían introducido su comercio trasatlántico en todos los rincones de los imperios español y portugués, además de poseer bases en territorios portugueses de África occidental, la India o el mismo Brasil. Todo ello iba encaminando el final de la tregua que se rompió definitivamente en 1621.

En ese mismo año de 1621 debido a la rivalidad con la Compañía Inglesa de la India Oriental los holandeses fundaban la Compañía de las Indias Occidentales, cuyo campo de acción comprendía toda América y la parte de África bañada por el Atlántico.⁴⁰ Brasil podía ser una magnífica base costera desde la que se podría abarcar toda la América del Sur. Y de hecho en 1622 los holandeses tratarán de intensificar su acción pirática.

Terminamos este apartado sobre los holandeses y Brasil con un último ejemplo de ataque pirático: el 8 de mayo de 1624 se presentaba frente a Bahía una flota holandesa compuesta de 26 navíos con quinientas bocas de fuego, y más de 3.000 hombres entre marinos y soldados. Mandaban entonces la ciudad, como gobernador del Brasil, Diego de Mendoza Hurtado. La ciudad no tenía medios de defensa ni defensores suficientes para resistir el asalto por lo que después de desembarcar los holandeses los habitantes de la ciudad se dieron a la fuga. Un año más tarde Fadrique de Toledo reconquistó la ciudad de Bahía a los holandeses en la Jornada dos Vassalos da Coroa.

No es nuestro interés continuar con todos los acontecimientos bélicos acaecidos en Brasil a lo largo de todo el siglo XVII y sólo hemos reseñado aquéllos que nos han parecido de más interés entre finales del XVI y principios del XVII para que se comprenda mejor el papel de Brasil en los primeros momentos de la dominación española.

Como conclusión quisiera señalar que para la Corona española asumir el imperio portugués fue más bien un gasto bélico y de dinero, en el que el Brasil fue uno de los territorios más beneficiados no sólo geográficamente sino también desde el punto de vista económico.

NOTAS

- ¹ VÁZQUEZ DE PRADA, V.: *Felipe II*. Barcelona. De. Juventud. 1978. p. 162.
- ² RUBIO ESTEBAN, J.M.: *Felipe II de España, rey de Portugal*. Madrid, de. Cultura Española. 1939. p. 9
- ³ A.G.S. C.J.H. Legajo 177, folio 11
- ⁴ RUIZ MARTÍN, F.: *Lettres marchandes échangées entre Florence et Medina del Campo*. París, 1965. pp. LVII y ss.
- ⁵ A.G.S. Contadurías Generales. Legajos 87 y 3056.
- ⁶ A.G.S. C.J.H. Legajo 177, folio 11.
- ⁷ KELLENBENZ, H. *Los Fugger en España y Portugal hasta 1560*. Prefacio: F. Ruiz Martín. Traducción: M. Prieto Vilas. Salamanca. Edición Junta de Castilla y León, 2000
- ⁸ A.G.S. Contadurías Generales. Legajo 87.
- ⁹ A.G.S. C.J.H. Legajo 176, folio 13
- ¹⁰ Ver LAPEYRE, H. *Simón Ruiz et les "asientos" de Philippe II*. París, 1953. pp. 35-38
- ¹¹ *Ibid.* VÁZQUEZ DE PRADA. *Felipe II*, p. 165.
- ¹² DANVILA, A. *Felipe II y la sucesión de Portugal*. Madrid, ed.Espasa -Calpe, 1956. p. 229.
- ¹³ MAGALHAES GODINHO, V. *Os descobrimentos e a Economia Mundial*. Lisboa. Ed. Aracadia, 1986. IIº T., pp. 458 y ss.
- ¹⁴ BUARQUE DE HOLANDA, S. *O Brasil No Periodo Dos Filipes (1580-1640)* en *História Geral da civilização brasileira*. T. I A época colonial 1.-do descobrimento a expansao territorial, Sao Paulo- Rio de Janeiro, 1976.
- ¹⁵ CORTESAO, J. y CALMON, P. *Historia de América y de los Pueblos Americanos. Brasil*. Salvat Editores, Madrid, 1956.
- ¹⁶ TEXEIRA ALBERNAZ, J. *Atlas del Brasil de 1627*. Biblioteca Nacional de París, manuscrito nº 6.
- ¹⁷ FERNÁNDEZ DURO, C. *ARMADA ESPAÑOLA, desde la unión de los reinos de Castilla y de Aragón*. Museo Naval, Madrid, 1972, T. II, pp. 359 y siguientes.
- ¹⁸ FURTADO, C. *Formação económica do Brasil* Sao Paulo. Companhia editora nacional. 1975. p.8.
- ¹⁹ DEL SALVADOR, Fray V. *Historia do Brasil (1500-1627)*, Sao Paulo, 1931.
- ²⁰ AZEVEDO, L. de. *Épocas de Portugal económico*. pp. 267 y 268.
- ²¹ CAYO PRADO, J. *Ensaio de interpretação materialista da Historia Brasileira*.
- ²² LAHMEYER LOBO, E.M. *Administração colonial luso-espanhola nas Américas*: Río de Janeiro. 1952. pp. 207 y ss.
- BUARQUE DE HOLANDA, S. *Historia Geral da civilização brasileira*. T. I. A Epoca Colonial. 1º Volumen Do Descobrimiento a expansao territorial. Sao Paulo. Río de Janeiro. 1976. pp. 176-190.
- ²³ MOLINA, R.A. *Las primeras experiencias comerciales del Plata*. Buenos Aires, 1966.

- ²⁴ GANDÍA, E. de. *Los piratas en el Río de la Plata*. En Historia de la nación argentina de Ricardo LEVENE. Buenos Aires, 1939. Vol. III, pp 237 y ss.
- ²⁵ A.G.S. Consejo y Juntas de Hacienda, legajo 542.
- ²⁶ ANGULO IÑIGUEZ, D. *BAUTISTA ANTONELLI, las fortificaciones americanas del siglo XVI*. Discurso de ingreso. Real Academia de la Historia. Madrid, MCMXLII.
- ²⁷ SANTAELLA STELLA, R. *O Dominio Espanhol no Brasil durante a Monarquia dos Felipes, 1580-1640*. Sao Paulo. Ed.Univero,2000, pp: 88-97 y 181.
- ²⁸ A G I, Charcas, leg.41, doc 27, cartas 1 y 2 .
- ²⁹ A THEVET. *Les français en Amérique pendant la deuxième moitié du XVI siècle. Le Brésil et les bresiliens*. En “Les Clasiques de la colonisation”. T. II. París, 1953.
- ³⁰ JULIEN, A. *Les voyages de decouverte et les premiers etablissement (siecles XV-XVI)*. En “Colonies et Empires: Histoire de l’expansion et de la colonisation française”. T. I. París, 1948. p. 270.
- ³¹ Ver FERNÁNDEZ DURO. []. T. III, p. 95.
- ³² Ver FERNÁNDEZ DURO. []. T. III, pp. 105-106.
- ³³ Ver CHAUNU. []. T. IV, p. 46.
- ³⁴ Vid CORTESAO, J. *Brasil*, p.: 439
- ³⁵ VARELA, J. *Las salinas de Araya y el origen de la Armada de Barlovento*. Caracas, 1980. p. 59.
- ³⁶ PASTELLS, P. *Historia General de Filipinas*. 9 volúmenes. Barcelona, 1925-1926.
- ³⁷ ALCALÁ-ZAMORA Y QUEIPO DE LLANO, J. *Iniciativa, desaciertos y posibilismo en la política exterior española bajo Felipe III*. En Estudio del Departamento de Historia Moderna. Zaragoza, 1976.
- ³⁸ MARTÍN ACOSTA, M^a E. *El dinero americano y la política del Imperio*. Madrid, Ed.Mapfre,1992. pp.: 239 y ss.
- ³⁹ A.G.S. Consejo y Juntas de Hacienda, legajos 536, 539 y 541.
- ⁴⁰ CÓRDOVA-BELLO, E.: *Compañías holandesas de navegación*. Sevilla, 1964. pp. 26 y ss.